

"LA FIESTA DE LOS DIOSES DEL SOL"

RELATO CUARTO

“Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida. El no sabe distinguir entre un pedazo de tierra y otro, ya que es un extraño que llega de noche y toma de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermana, sino su enemiga, y una vez conquistada sigue su camino, dejando atrás la tumba de sus padres sin importarle. Les secuestra la tierra a sus hijos. Tampoco le importa. Tanto la tumba de sus padres como el patrimonio de sus hijos son olvidados. Trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el firmamento, como objetos que se compran, se explotan y se venden como ovejas o cuentas de colores. Su apetito devorará la tierra dejando atrás sólo un desierto.”

JEFE INDIO SEATTLE; AMERICA
1.854

(Ajoblanco, extra otoño
1977)

No comprendo bien el destino de las razas puras. En realidad, los antiguos habitantes del continente americano eran como un animal más en la naturaleza. Su comportamiento se adaptaba perfectamente a los ciclos naturales, y el desperdicio de recursos no se conocía entre ellos. Solo mataban, como los demás animales, por necesidad, y aprovechaban hasta el último hueso de la víctima para sus ropas, herramientas y utensilios.

Parece ser que entre ellos no había conflictos sociales. Y su armonía era la del medio natural. Si toda la humanidad hubiese vivido de esa forma, hoy la tierra sería tan pura como hace miles de años.

¿Que raza extraña ha sido la que nos ha llevado a este extremo de degradación y envenenamiento de nuestra propia casa?.

Las religiones de las razas puras se basan en una comunión total con el mundo y el cosmos. Y para ellos, la tierra y el universo tienen espíritu y se comunican con él; y hablan con los árboles y las flores, y él les recompensaba suministrándoles todo lo que necesitaban para vivir. Eran tan puros como una puesta de sol, y muchos de sus misterios y prácticas religiosas coincidían sorprendentemente con las de otros puntos lejanos de su país. Y alguno de los hallazgos de los hombres de ciencia tras muchos años de estudios y trabajos, coinciden con cosas que los hechiceros ya sabían de una manera natural y espontánea.

Nosotros, sin embargo, estamos ciegos y no oímos a la tierra ni a la piedra, ni siquiera a nuestros propios cuerpos. Mientras, la medicina natural logra milagros desconocidos para la medicina civilizada. La civilización no

ha hecho sino destruir a las razas puras y a la naturaleza a la vez, ignorando incluso que así, se destruye a sí misma.

¿Cómo explicar esa contradicción?. Se suponía que toda la especie humana tenía el mismo origen; que había salido de la tierra. ¿Cómo puede entonces la tierra actuar contra sí misma? ¿Es que acaso los hombres civilizados actuamos en el mundo como las células cancerígenas en el cuerpo humano?, Pues siendo los dos, los hombres y las células de cáncer, de la misma naturaleza del medio donde viven, su única diferencia con los demás elementos es que ambos crecen sin seguir el orden natural. Es así como el cáncer acaba con el cuerpo, y como posiblemente acabará el hombre con la tierra. ¿O es que la raza humana antinatural y destructora proviene acaso (como diría Lovecraft) de otra galaxia extraña a esta? En cuyo caso, la comparación para el cuerpo humano, sería la entrada en él de un virus mortal, de una peste destructora ajena a su naturaleza.

Fue con estos pensamientos y otras muchas dudas que me decidí a hacer el viaje para conectar con pueblos en estado natural. Cosa que ya intentaron antes de mí hombres como Paúl Gauguin, Antonin Artaud y otros muchos, llegando unos a la muerte, la locura, o su definitiva desaparición de la historia.

Posiblemente yo tampoco vuelva. Pero no me importará demasiado después de llegar a descubrir los mágicos secretos que nunca alcanzará a conocer la asquerosa ciencia civilizada de centrales nucleares, armas y veneno. No pierdo nada con mi huida de Europa. El país donde resido, Euskadi, esta lleno de leyendas hechiceras y de magnificas historias de cuando los vascos vivían desnudos y hacían crónlech y adoraban al dios Urtzi y a la luna, haciendo el amor junto a la hoguera del

Akelarre. Pero de esta raza, posiblemente pura, solo queda ya su castigado idioma. Pues su sabiduría cósmica se perdió ya con sus brujos en las hogueras del fascismo católico de la inquisición y posteriores.

Salí para Brasil en un mes de agosto. Iba solo, con una mochila, un cuchillo y unos libros de Artaud, Rimbaud y Alan Watts. Había conseguido un buen mapa del Amazonas y no dejaba de observar los círculos en blanco entre la selva, correspondientes a los parajes desconocidos, que nadie había conseguido explorar ni medir para plasmarlo en un mapa.

(Principio del párrafo inspirado por la música de Jean Michel Jarre, Pink Floyd, Yes)

Hasta ahora, solo con la música había conseguido imaginar infinitas cascadas que caían en templados abismos, y bosques envueltos en vaho, en los que los árboles se regocijaban blandiendo sus hojas como alas por encima de los perfectos animales, con los que la tierra se acariciaba la cara. Las piedras de los torrentes se movían, y por las noches, el río fogoso iluminaba los valles, donde los pájaros nocturnos se precipitaban sobre los peces de plata. Y las diosas de los lagos ofrecían preciosas piedras que reflejaban sus ojos en rayos de mil colores. Y los pavos reales encendían sus colas corriendo tras las hembras huidizas.

Algunos frutales dejaban caer de sus flores gotas de azúcares que recogían ciertos brujos para beber en sus aquelarres. Y algunos trozos de estrella fosforescentes, caían en la hierba mágica reventando luego en burbujas de colores. Y en el aire, flotaban nubecillas algodonosas que podías coger con tus manos y chupar, pues sabían como a miel y menta.

En las entradas de unas grutas oscuras se oían músicas etéreas que, si se escuchaban cierto tiempo, te hacían crecer unas alas con las que podías volar a poca altura y mezclarte por dos días con extraños pájaros de colores, que nunca bajaban al suelo.

En los amaneceres los árboles reflejaban el sol en sus frutos, y a esa hora hacían el amor los brujos.

Y al atardecer bañaban las mujeres salvajes sus cuerpos ocres en las aguas de espejos. Los pumas saltaban por los árboles con agilidad cósmica. Y sus movimientos eran la ilustración ceremoniosa de la energía de la vida, haciendo sus piruetas como en un juego divino.

Por mi mente desfilaban extraños cortejos que hacían procesión por las pistas de Machu Pichu. Todos ellos llegados de muy lejos para conectar con el firmamento en la gran fiesta del sol.

Los incas levantaban pirámides dirigidos por seres siderales, y desde ellas les rendían tributo luego, como agradeciendo a sus dioses los secretos intemporales que les cedían.

(Con la música de Edgar Froese)

Fuera de estos sueños que la música me inspiraba, todo era trabajo apestoso y sin sentido. Una vida cotidiana vacía y reprimida, entre hombres hormiga, que corren de sus televisores a sus fabricas por los pasillos helados de los andenes y estaciones. Una sociedad policíaca y mecánica, donde se mata en nombre de Cristo demostrando no haberle entendido en absoluto.

Nada llenaba mi inquieto espíritu y por eso no me dolió emprender el viaje. No voy a relatar este detalladamente. Hice una línea marcando las ciudades y pueblos civilizados que debía atravesar, hasta llegar al claro de mapa sin explorar que más apartado estaba de lo civilizado, a la izquierda del Amazonas según se subía el curso.

Las primeras etapas las hice en barco. Luego seguí por tren, y finalmente por carretera, que se iba convirtiendo en camino de día en día. En los poblados civilizados que tocaba, conseguía mapas cada vez más completos del lugar. Y noté con disgusto que la zona en blanco de mi mapa europeo se había reducido bastante en los últimos que había adquirido.

Me había largado con un préstamo de la caja de ahorros de mi pueblo, que los muy tontos, guiados por mi buena conducta en el trabajo, creían que iban a recuperar con creces. Y todavía me queda bastante dinero. Y no gasto demasiado en comer, pues por fortuna, siempre me había bastado con poco alimento; mi mayor gasto eran los pasajes.

Llevaba dos noches pernoctando en un pueblo llamado Siberao, en una posada donde paraban comerciantes, militares y gente de todo tipo. La tercera noche, después de cenar, estaba sentado fumando mi pipa en la sala de reunión junto al fuego. En la sala había dos sofás y varios sillones esparcidos. No había demasiada luz y por lo tanto había desistido de mi deseo de leer y escuchaba las canciones que interpretaba un flautista y otro hombre que lo acompañaba con unos bongos.

El personaje que estaba a mi lado, moreno y con barba poco poblada, me observaba de reojo. Al fin, abrió una especie de cartera y me ofreció unas pastillas gruesas, como de hojas prensadas. Al parecer, se trataba de un traficante. Le

regateé el precio, que me pareció excesivo y adquirí una bolsita de hojas. |

Procurando que nadie se fijase en mis manipulaciones metí unas hojas en mi boca y seguí observando a los músicos.

El efecto de la droga no se hizo esperar, y las barreras de mi mente se derrumbaron como diques bajo la superioridad de una riada. Y fue la música la primera sensación que ocupó mi mente.

Cuando ya llevaba tiempo masticando la segunda tanda de hojas, el ambiente empezó a ahogarme y me sentí mareado. Además uno de los militares que tenía sentado enfrente me dio la impresión de que conocía mi estado, pues me pareció que no cesaba de mirarme con cara de bestia asesina.

Llegó un momento en que mi cabeza pareció estallar, y levantándome salí sin dejar de tambalearme, mas de lo que quisiera, hasta las estrechas escaleras que conducían a la calle. Esbocé una sonrisa falsa a la mujer de la posada que me miraba con desconfianza, y salí a la calle.

Me detuve respirando profundamente, como si llevara mucho tiempo conteniendo la respiración. La posada estaba a las afueras del pueblo y me alejé lentamente hacia el bosque y el río.

Miré las estrellas de intermitentes colores; tropecé con una rama caída y casi pegué con mis narices en el suelo. Me incorporé sin sacudir el barro que me había manchado hasta el pecho. Escupí las hojas que estaba masticando y continué avanzando hacia el río, sintiendo que fuerzas desconocidas bailaban por encima de mi cabeza y que los rostros de las estrellas se ocultaban y volvían a salir detrás de las hojas nerviosas de los árboles inmensos.

Llego a la orilla del río y me dejo caer en la hierba. Se apodera de mi una sensación de paz tan intensa que logra borrar de mi mente la sensación del paso del tiempo y del frío. El murmullo de las aguas parece realizado por bandadas de pájaros que volasen tan cerca del río que sus alas golpeasen la superficie... cierro los ojos e imagino filas de extraños y majestuosos personajes que cantan pasando cerca de mí de la mano y por el aire, cubiertas sus caras por todo tipo de colores y luces describiendo curvas que, en realidad, son música... pronto pierdo la sensación de estar en mi cuerpo y mi mente sale flotando convirtiéndose ahora en una nube de redondas formas que se desliza por encima del bosque, como un beso blanco de luna. Y siento como las copas de los árboles chupan mi humedad, como si mi cuerpo de nube tuviese cientos de ramas, y mi esencia de agua perfumada se va quedando en la vida del bosque, mientras corro cada vez mas seco hacia mi padre, el mar.

Recupero de pronto la conciencia y abro los ojos; una nube pasa sobre mi y esta lloviendo... aparece ante mis ojos un caballo, tan blanco que casi es azul. No tiene ninguna montura y me acerco a él... al intentar montarlo me rechaza con una sacudida, lanzando un relincho sobrecogedor. Le miro a la cara y comprendo: esta mirando mis ropas. Es natural que si él esta puro, solo quiera aceptar la pureza de mi desnudez. Me despojo de mis ropas y entonces él se agacha para que yo suba.

Empezamos a galopar vertiginosamente; esquivamos los árboles y toda clase de obstáculos hasta que la velocidad es tan enorme, que alguno de nosotros ha desaparecido. Y no sé si ha sido él o yo; o tal vez nos hemos fundido en un solo ser, y me veo galopando o quizás volando con un jadeo rítmico, dando saltos tan altos como los árboles hasta detenernos junto a un lago de aguas mágicas de aroma fresco y penetrante.

Luego, llegamos a un lago donde detenemos la marcha. Noto un dolor intenso en la espalda y en la tripa, y caigo al suelo retorciéndome de malestar. Tras unos minutos de terribles espasmos, me veo en el suelo tumbado junto al caballo azul, sintiendo una sensación como de haberlo parido en aquel momento. Entonces él se incorpora y con una voz de ecos profundos me dice que tenga cuidado con las lamías de fuego; los únicos habitantes peligrosos de aquel lago. Sin darme tiempo a recuperarme de la sorpresa, se aleja trotando...

Al rato, me levanto y camino lentamente por la orilla. Pronto, algo disimuladas en un pequeño entrante del lago rodeado de árboles, descubro cuatro piraguas negras con dibujos blancos de caracteres extraños. Elijo la que creo más segura. La empujo fácilmente hasta ponerla a flote y subo. Disfruto extasiado de la maravillosa sensación de navegar suavemente, rodeado del paisaje más puro y de las sensaciones más exquisitas...

Mi espíritu alcanza orgasmos desconocidos y una intensidad cósmica me inunda el alma, de tal modo que tengo que parar de remar y recostarme, dejando que mi mano cuelgue hasta el agua.

Mi felicidad se ensancha tanto que encuentra una barrera que no me esperaba: la necesidad de comunicársela a otro ser. ¡Ah! ¡Que feliz sería ahora con el rostro de una compañera enfrente de mí! Sus ojos serían el mar donde pudieran desembocar todas mis intensas sensaciones. Juntaríamos una mano palma con palma y nuestras miradas irían de nuestros ojos a las estrellas. Y nuestras almas harían un triángulo con la gran mente que es el cosmos, y con este gesto se vería desbordado el último propósito de la vida en un éxtasis galáctico.

¡Cómo echo le menos a la mujer mágica!

Vuelvo a coger el remo y me dirijo hacia una pequeña isla cubierta de árboles oscuros y extraños.

Llevo tanta carga dentro de mí, que si no la comparto, reventaré, y proyectaré entonces toda la energía que el cosmos ha concentrado en mi, otra vez a las estrellas. No es bueno encerrar tantos secretos en mi pequeña mente, a menos que yo sepa besar los labios de las galaxias, aunque solo sea con está poesía de vida.

Voy a buscar a las lamias. ¿Dónde están ahora todos los espíritus ocultos que toman mi mente por su casa y celebran mil orgías en mi alma, reventándome en impotencias de comunicación?. Todo lo que siento ahora es amor intenso, sobrecarga de vida. Las palabras son túneles estrechos donde me parto, donde no puedo entrar con tanto contenido. ¿Que me importa que me engañen las lamias de fuego, si solo la muerte puede absorber tanta vida?, tanta vida, que tendré que llorar para dejar así escapar mis fuerzas de amor en miles de lagrimas, en torbellinos de energía...

Llego por fin a la isla, totalmente destrozado por el mar de sensaciones ardientes en el que se ha convertido mi espíritu, y subo un poco la piragua a la orilla, para que no se vaya sola, como si para evitar el miedo a lo desconocido tuviese que asegurar mi huida, aunque tengo el presentimiento de que nunca podré regresar. Pero ni siquiera tengo tiempo de arrepentirme ni de volver atrás. Al parecer, vivir intensamente, significa adentrarse sin remedio en lo desconocido...

Avanzo hacia el centro de la isla. La mayoría de los árboles son frutales. Me detengo a comer alguno de sus

frutos; se respira una inmensa sensación de paz y bienestar...

Llego al claro, que es un claro cubierto de hierba y flores. Una mujer o una lamia esta agachada de espaldas a mí, rodeada de niños desnudos de diversas edades y sexos, que juegan y se revuelcan por la hierba. Me quedo quieto, maravillado por la belleza de todos ellos, y una preciosa niña morena con grandes hoyuelos en las mejillas me descubre y llama la atención a los demás. Mi asombro es aún mayor cuando veo el rostro perfecto de la lamia, (es una lamia pues los largos dedos de sus pies están unidos por membranas). Ella sonrío entonces y se acerca hasta mí depositando en mis manos parte del ramillete de flores que había recogido. Estaba tan cerca de mí, que saliendo de mi éxtasis la beso en la frente. Entonces veo a alguien en el que no había reparado todavía: es un hombre (o un genio) imponente, que avanza hacia nosotros lenta y parsimoniosamente. Su cuerpo es enorme y estilizado. Su cabello largo cae sobre sus hombros relajados como las garras de un león. Su mirada es salvaje e inteligente. Cuando llega donde nosotros, rodea con su brazo la cintura de la lamia y ella responde a la caricia abrazándose de costado a él, sin dejar por eso de mirarme. No sé cuanto tiempo dura ese momento, pero los gritos de los niños que me tocan riendo y jugando me hacen reaccionar; y abrazo entonces con un cariño sincero a aquella pareja paradisiaca. Luego, sonriendo, me indican que los acompañe, y voy detrás de ellos de la mano de los niños, que se agarran entre ellos también.

Después de dejar el claro, avanzamos entre árboles por una estrecha vereda hasta una choza de cañas y troncos y penetramos en ella.

Nos sentamos junto a una chimenea y comenzaron a preparar algo de comida iluminadas sus caras por el fuego acogedor.

Por la ventana de la cabaña se divisaba un espectáculo increíble y divino: ¡un gran arco iris en plena noche!.

Nos sentamos juntos a la mesa de madera y comemos. Todos hablan un idioma desconocido y ríen entre ellos, y me siento tan a gusto que quisiera quedarme siempre allí. Todo aquel ambiente despedía paz y bienestar.

Los niños se van durmiendo poco a poco y nos quedamos bebiendo al calor de las llamas...

No sé cuanto tiempo he estado dormido, pero me sobresalta un ruido de pisadas. Me incorporo y miro alrededor; la chimenea aún esta en ascuas y los cuerpos desnudos y majestuosos del genio y la lamia yacen abrazados sobre la cama de hierbas, rodeados por los niños.

Por la puerta se ven luces rojas y se escuchan crujidos. De pronto, aparece en el umbral una mujer sonriente que me hace señas llamándome y desaparece tan pronto, que dudo haberla visto. Al fin, la curiosidad me hace salir, y al hacerlo, contemplo ante mí un espectáculo sorprendente; un grupo de lamias bailaba en corro. Algunas me sonreían y hacían gestos. Sus cuerpos eran preciosos de la cintura hacia arriba, sin embargo, su mitad inferior era de un fuego rojo... el corro se abre y dos manos se estiran hacia mí para a acogerme en el grupo. Como no entro rápidamente, una de las lamias se sale del corro y, tomándome de la mano, me arrastra hasta él, y me veo entre ellas siguiendo su mágica carrera...

Al fin termina la danza y una de las lamias de fuego me lleva dentro del corro y me pide que haga el amor con ella. Entonces me besa y me abraza, y el calor de su fuego, aunque no quema, me excita fuertemente. Cuando me decido a cumplir su deseo que ahora compartía yo también, ante los ánimos de las demás lamias, que miraban como esperando su turno. Me

viene violentamente a la memoria la recomendación del caballo azul; y con un grito, me separo de la lamia y caigo al suelo. Ella, de pie, me increpa para que la penetre; las demás gruñen sorprendidas. Ella se tira encima de mí y yo me revuelvo en el suelo para rechazarla. Entonces se levanta con un horrible gesto de odio que desfigura su rostro. Yo, loco de pavor, grito en el suelo. Entonces ella me escupe con rabia y todas las demás la imitan rodeándome y escupiendo por todo mi cuerpo desnudo. Con los ojos cerrados, sigo gritando y revolcándome por la tierra; cuando abro los ojos de nuevo, veo que las lamias han desaparecido... estoy tumbado a la orilla del río y los escupitajos de las lamias no son otra cosa que las gruesas gotas de lluvia, condensabas en los árboles, que caen sobre mi piel mojada... a dos metros de mí, esta mi ropa totalmente empapada y llena de barro...

Los efectos del alucinógeno están pasando. Me visto el pantalón y recogiendo el resto de las prendas, camino helado de frío hasta mi posada. Debe de haber pasado mucho tiempo, todas las luces están apagadas y subo a tuestas hasta mi habitación donde me seco con una toalla y me meto en la cama, totalmente agotado...

(Con la música de Tangerine Dream y Yes)

Continué al día siguiente mi viaje. Al cabo de dos semanas ya estaba en plena Amazonia, y en un pueblo, conocí a un grupo de la p.u.n.a.i. (fundación nacional del indio), un organismo estatal del Brasil. Era un grupo compuesto por cinco hombres; dos etnólogos, dos "sertanistas" y otros dos exploradores profesionales. Uno de los sertanistas, (hombres que han vivido en la selva y conocen a los indios), me explicó su trabajo. Este consistía en acercarse a las tribus no integradas y establecer contacto con ellas. Uno de los hombres que al parecer era el jefe, había hecho difíciles trabajos por toda Amazonia cuando la construcción de la

autopista tránsamazonica. Su labor era evitar que las tribus salvajes atacasen a los obreros que construían la pista... pronto me di cuenta que no convenía que les hablase de mis ideas. Aquellos hombres estaban haciendo precisamente lo contrario de lo que yo creía que había que hacer. Así que guardé silencio pues sin duda ellos podrían ser una gran ayuda para penetrar en la selva. Les expliqué que era un antropólogo español, llegado a Brasil para estudiar ciertos detalles de la vida y costumbres de los indios, y les pedí integrarme en su grupo, lo que conseguí, tras alguna discusión entre ellos, gracias a la intervención del jefe del grupo, Paulo.

Paulo me dijo que saldríamos a los dos días, al amanecer. Me dijo el lugar desde donde partiríamos y me hizo una lista de los utensilios que necesitaría, así como donde conseguirlos. Este hombre era el único que me había caído bien del grupo y me despedí de él con un fuerte apretón de manos.

Regresé a la posada. Era una especie de pequeño hotel con una cantina donde podías adquirir de todo: desde radios hasta una noche con una de tantas indias que, después de su integración en el mundo civilizado, se habían dedicado a la prostitución como única salida tras la agresión de las maquinas...

Cené y me metí en la cama; no podía dormir. Pensaba que realmente el progreso avanza sin remedio arrasándolo todo... recordé mis proyectos e intentos en Europa de crear una sociedad nueva: Una zona de caseríos y casas que se autoabasteciera, aprovechando la energía del sol, del viento y del agua; Reciclando los desperdicios, haciendo agricultura biológica, realizando en el seno mismo de la civilización una alternativa de vida. Algunos anarquistas ya lo estaban empezando a poner en practica. Es perfectamente factible un

grupo de comunidades donde empezar a romper todas las barreras que tenemos, hasta lograr la espontaneidad pura; el pensamiento-acción. Sin embargo ¿de qué serviría?, Si cuando las inevitables crisis de la civilización se agudizasen, la gente, muerta de hambre, se abalanzaría sobre nuestras tierras cuidadas y lo devorarían como lo devoraron todo, pues hay que tener en cuenta que la sociedad perfecta ya existía, eran los indios americanos una buena muestra de ella, y sin embargo, no se paró hasta consumir en ellos el genocidio mas espantoso de los últimos tiempos.

Con todos estos funestos pensamientos en la cabeza, sin poder conciliar el sueño, me volví a vestir y baje a la cantina. Allí, en una esquina, inundado por el alcohol, estaba Paulo. Me puse a beber con él charlando de temas superficiales, hasta que el mismo habló de los indios, cosa que yo aproveché para abordarle con algunas preguntas directas...

.-pero tu, ¿por qué haces ese trabajo, solo por dinero? – le pregunte.

.-Mira amigo, respondió borracho, – yo he vivido largo tiempo con los indios. Yo les he visto morir a montones bajo los disparos de las expediciones de colonos y seringüeiros. Yo los he visto suicidarse en las ciudades y morir de nuevas y espantosas enfermedades para ellos desconocidas. Es necesario enseñarles a manejar las armas para que se defiendan. Esos hombres nunca podrán integrarse a nuestra forma de vida.

.-Pues entonces, dejadlos en paz; dejadles hacer su vida aislados de nuestra basura – le pedí.

.-¿No te estoy diciendo que es imposible? – me contesto. Este país es enorme; no se puede controlar todo. Los blancos han

llegado a saquear y destruir poblados enteros. Si no hacemos algo, los destruirán a todos... —.pide que le vuelvan a llenar el vaso y prosigue: ... Escucha muchacho; tarde o temprano la civilización llegará a todos los poblados y zonas del país. Es necesario preparar a esas tribus para que no ataquen a los obreros de las carreteras y a los colonos, si no, estos los masacraran. Los demás del grupo piensan que a los indios hay que integrarlos, que un indio es capaz de conducir un tractor sin variar para ello sus demás costumbres y creencias, esto es ridículo. Para los indios cada árbol es un espíritu al que respetan y con el que se comunican. ¿Cómo entonces podrían derribarlos desde la cabina de una excavadora sin estar locos o atormentarse?. Yo pienso que habría que crear parques especiales para ellos. Que hagan allí su vida sin contacto con los blancos, pues ellos no resisten nuestros vicios y enfermedades.

Pero, ¿no viven ya en un parque?, pregunté. ¿ Por que no aislar las zonas inexploradas y dejarlos allí?.

Eso es imposible muchacho, dijo Paulo. Al gobierno le interesa explotar y descubrir las posibles riquezas y yacimientos que puede haber en la selva. Y no parará hasta revisar la última colina.

“Pero de esa manera cada vez iréis robando mas espacio a los indios. Al final las reservas se convertirán en campos de concentración”. Le contesté.

“De cualquier forma los indios están destinados a desaparecer”. —añadió Paulo. Y si me dan a elegir, prefiero verlos morir poco a poco en las ciudades, a que los maten en la selva a tiros y violen a sus mujeres.

—Pero ¿no hay derecho! —replique furioso—. ¿No te das cuenta? ¿Si alguien tiene la verdad, la formula para la vida, son ellos!. ¿No te das cuenta de que esta civilización nuestra es una mierda?. Aquí todavía puedes respirar, comer alimentos puros, vivir, pero la mayor parte del mundo se esta pudriendo.

Paulo me rodeó el cuello con su brazo y me dio unas palmadas diciéndome: “Mira, no hables de esto con el resto del grupo, no te entenderían. Para ellos los indios son unos salvajes ignorantes y asesinos. El otro sertanista del grupo

ha vivido con los indios unos meses, pero ya era bastante mayor cuando estos lo raptaron, después de matar a sus padres que eran seringueiros. Luego escapó, y desde entonces solo siente odio. Es incapaz de comprender nada. Ellos están aquí solo por el dinero.

Continuamos hablando y bebiendo bastante tiempo hasta que, borrachos perdidos, nos fuimos a dormir, recordándonos la cita para la mañana del día siguiente.

Me desperté poco antes de mediodía y, antes de desayunar, hice las compras necesarias para el viaje: ropas y provisiones.

Al día siguiente me dirigí a la cita. Allí estaban ya tres de los del grupo. Faltaban Paulo y el otro sertanista que llegaron por separado poco después. Este último llevaba una estación radiofónica con la cual habríamos de ponernos en contacto con el avión que, al cabo de una semana, nos llevaría víveres y lo que necesitáramos.

Partimos en un jeep de fabricación norteamericana conducido por un militar de la base del pueblo que, tras adentrarnos por una pista bastante tortuosa durante cincuenta kilómetros, regresó para que siguiésemos desde allí a pie. Había que alcanzar antes de la noche una base de la f.u.n.a.i.

Avanzamos en fila india, encabezados por uno de los exploradores que ya conocía aquel camino, pero como este casi había desaparecido, tenía que ir cortando malezas y ramas con un sable de hoja ancha y curvada. El calor era sofocante y unas extrañas moscas se habían puesto de acuerdo al parecer para atacar mi piel europea: un delicioso manjar para ellas...

Fue una agotadora caminata, en la que tuvimos que atravesar algún riachuelo de pequeño pero rápido cauce,

y experimenté el placer de utilizar mis nuevas altas botas, que hasta ahora, solo me habían proporcionado calor.

En el crepúsculo, llegamos al campamento. Se trataba de tres grandes tiendas y otras más pequeñas instaladas en un pequeño claro, protegido por una cerca de troncos semejantes a los cuarteles yanquis del siglo pasado.

Mucho antes de llegar, los perros ya nos habían delatado y un comandante con traje de faena y un enorme mostacho, había salido a nuestro encuentro acompañado de un paisano calvo de gafas redondas. Tras las presentaciones nos acompañaron al interior, esquivando unas trampas que habían construido para alertarse de los posibles ataques de salvajes y fieras.

Nos instalamos en una de las tres tiendas grandes y nos reunimos tras un pequeño descanso, junto a una hoguera para cenar.

Al parecer, esperaban un avión con víveres al mediodía siguiente, y por la mañana temprano debían salir en expedición a uno de los "puestos de atracción" que llamaban ellos. Se trataba de unas tiendas que se montaban cerca de las tribus, para dejar allí regalos y objetos con el fin de "pacificar" a sus habitantes.

Paulo me invitó a ir con ellos y me explicó en que consistiría la misión: Era una tribu en primera fase de atracción, y deberíamos dejar allí collares, espejos, linternas y otros trastos que mi grupo había traído con ese fin y luego, regresar para el mediodía antes de la llegada del avión.

Me acosté pronto y dormí profundamente hasta sentir la mano de Paulo y su voz llamándome a la mañana siguiente. Después de desayunar, partimos diez hombres, todos armados.

Tuvimos que bajar por una difícil pendiente rocosa y atravesar un peligroso río de fuertes corrientes pasando sobre un tronco de árbol, derribado anteriormente para ese fin. Tras avanzar abriendo camino por la jungla unos cien metros, llegamos a una tienda abierta con una mesita plegable enfrente. Era un puesto de atracción. Paulo me explicó que en este trabajo se habían tenido que estar hasta varios años para establecer el primer contacto.

Cuando depositaron los objetos en la mesita, tanteé mis bolsillos en busca de algún útil que pudiera atraer la atención de los indígenas. No hallé nada apropiado. Recordé de pronto una piedra negra que siempre solía llevar conmigo y la busqué, pero debía haberse quedado en mi mochila, la cual estaba en el campamento.

No sé porque, pensé llevarla en la siguiente expedición; se trataba de una pequeña piedra negra que encontré, hacía algunos años, en el suelo de una de las cuevas de Zugarramurdi. Era de un material brillante, y nunca había visto otra igual. Además tenía unos dibujos o rayas que podían estar hechos lo mismo por manos humanas, que por la naturaleza a lo largo del tiempo. De todas formas, aunque no tenía un gran valor para mí, nunca solía desprenderme de ella pues la guardaba como recuerdo de aquellas cuevas de brujas...

Regresamos al campamento a tiempo, y ese día comimos de los víveres que el avión nos había tirado en un paquete con un pequeño paracaídas.

Esa tarde la dediqué a aprenderme la situación de todas las trampas que rodeaban el campamento, pues al menos para mí, no existía ninguna prohibición de salir solo, y yo quería hacer mis excursiones independientes.

Aquella noche soñé algo sorprendente: en sueños me vi de nuevo en la excursión de la mañana, y todo transcurría igual que en la realidad, excepto en un detalle: Cuando estaban depositando los objetos encima de la mesita, yo veía por el rabillo del ojo, detrás de un tronco gordo y retorcido, un rostro salvaje y pintarrajeado que, semi-oculto por la maleza, nos vigilaba acechante...

Cuando desperté, dudaba entre la posibilidad de que fuera solo producto del sueño o en realidad mi subconsciente hubiera reparado en eso aquella mañana sin que yo me diera cuenta. Pregunté a Paulo cuando sería la siguiente salida a aquel puesto, pues no quería perdérmela ya que aquella figura tras el árbol me tenía obsesionado.

En la siguiente expedición dejé cuidadosamente la piedra negra sobre la mesita. Según el recuento que hizo Paulo, no faltaba ninguno de los objetos que depositaron la vez anterior.

Yo observaba repetidas veces los árboles que nos rodeaban. Allí estaba en efecto el retorcido tronco de mi sueño, pero no había ni rastro de la cara pintada tras las malezas. Sin embargo, note la inconfundible sensación de que nos miraban...

Regresamos al campamento y esa noche también estuve soñando. A la mañana siguiente solo recordaba una parte del sueño, en él, se veían ciertas figuras confusas que

merodeaban cerca de la mesita, y una mano que señalaba la piedra negra que yo había dejado...

A los dos días volvimos a aquel puesto. De nuevo Paulo hizo el recuento y dijo que no faltaba ninguno de los utensilios. Comenzó a decirme algo pero se detuvo al ver mi expresión: yo estaba mirando asombrado la piedra negra; esta no se encontraba donde yo la había dejado, sino en la esquina opuesta... pero había algo más... ¡aquella no era mi piedra!. Era el doble de grande y algo más alargada. La cogí rápidamente y la estudié con atención... tenía unos dibujos similares a la otra, pero parecían mucho más recientes. En esta se notaba claramente que estaban hechos por algún ser inteligente... se lo expliqué excitado a mis compañeros, los cuales no me creían. Además, no recordaban como era la piedra anterior, y me decían que serían figuraciones mías.

El regreso al campamento lo hice dándole vueltas a la cabeza, preguntándome que relación tendría todo esto con el sueño del otro día. Estaba realmente obsesionado y, cuando el camino lo permitía, sacaba del bolsillo la extraña piedra para observarla...

Pero lo más inquietante me sucedió la noche siguiente: Soné que me encontraba sentado en el suelo, rodeado de todo tipo de hombres y mujeres de diversas razas y aspectos. Eran diferentes entre sí, como de diversos pueblos y continentes. Alguno de ellos llevaba diademas y trajes de ceremonia. Ante nosotros había un templo en cuyo interior se divisaba una gran roca negra con dibujos. Algunos teníamos sujetas con las puntas de los dedos hacia arriba, unas piedras negras semejantes a la que yo tenía... los rayos del sol estaban a punto de penetrar por la puerta del templo y unas impresionantes

vibraciones casi musicales nos golpeaban por encima de nuestras cabezas, desde lo alto, miré alrededor y noté que el lugar donde me encontraba me resultaba familiar, se trataba del Machu-Pichu, la última ciudad de los incas...

Eso fue todo lo que pude recordar del sueño. Al despertar, busqué en mis bolsillos la piedra misteriosa y la contemplé aún medio dormido. Decidí guardar silencio sobre estos extraños acontecimientos. No obstante, Paulo me encontró raro y me preguntó varias veces el porqué de mi introversión. No le expliqué nada del sueño, pero le dije que estaba preocupado por el cambio de la piedra negra. Me habló entonces quitándole importancia al asunto y me recomendó que los acompañase a la siguiente expedición, que sería a otro puesto de atracción más antiguo que el de los últimos sucesos...

Acepte y partimos a la mañana siguiente. Se llegaba en una hora de camino y este, era menos escabroso. Además no había que atravesar ningún río.

Paulo me explicó por el camino que esperaba entablar contacto muy pronto con aquella tribu, pues habían aceptado algunos regalos y una vez habían dejado en la mesita algunos frutos y varios collares de huesecillos pintados...

Íbamos nada mas cuatro hombres y yo, pues el camino era bastante fácil. El puesto estaba situado en un claro bastante grande de la selva. En la mesa de los regalos había una lanza bellamente decorada y todos los objetos que habían colocado la vez anterior habían sido retirados. Estuvimos una hora allí espesando por si los indígenas se acercaban, pues Paulo pensaba que ya era momento de entablar contacto directo; sin embargo, no se atrevía a acercarse al poblado. Pensé dejar allí la piedra, pero temía perderla. En el último momento me decidí y la dejé junto a los demás objetos, luego

regresamos. Aquella noche dormí mal, pues me arrepentí de haberla dejado.

A la mañana siguiente pregunté a Paulo cuando sería la próxima expedición a aquel puesto. Al parecer, no tenía intención de volver a él en cinco días. Me pareció demasiado tiempo y decidí volver solo, aunque no se lo dije a nadie.

Al amanecer salí simulando ir a dar un paseo, por fortuna

No imaginaron mis intenciones y partí libremente. Cuando llevaba veinte minutos de camino, un animal parecido a un lince, salto enfrente de mí y pensé que me atacaría y quedé paralizado. La fiera se paró y quedó mirándome unos largos instantes; luego algo se movió en la maleza y el animal corrió desapareciendo tras alguna presa. Dudé entre seguir o regresar y al fin continué algo más nervioso...

Tardé mas de hora y media en llegar al puesto. Cuándo mi mirada se posó en la mesita quedé petrificado; el sol pegaba en la piedra que estaba aún en la mesa y de ella salían halos concéntricos como vapor de colores y despedía unos pequeños rayos de un brillo desconocido...

Fin del primer capitulo

